

Minucias Gramaticales

Por Fray Julio Tobón Betancur

MINUCIA DE LAS MAYUSCULAS

Me encontraba en las calles de Bogotá en uno de tantos días del año de mil novecientos cuarenta y uno, en el que fueron renovadas las calumnias que contra el “presidente paría” profirieron en el año veinte sus enemigos y de las que fue absuelto en el veinticinco. Caminaba casi a oscuras porque ya estaba de noche y la ciudad hacía algunas horas carecía de luz en el sector donde me encontraba. De pronto alcancé a distinguir a un amigo de mi infancia y que desde entonces no veía. Como fácilmente se adivina, sentí gran contento, nos saludamos cariñosamente y renovamos nuestra vieja amistad. Entre otras cosas le dije:

—¿Quieres que sigamos hablando sobre asuntos gramaticales. literarios y aún sobre crítica? Me ha parecido que podríamos servir en algo a la juventud, sobre todo si procuramos seguir la doctrina de los grandes maestros, porque es muy cierto que “cuando Calderón lo dijo, por algo lo diría” y que “quien a buen árbol se arrima, buena sombra le cobija”.

—Has dado en el clavo —me contestó mi amigo, que se llama Rufino Molesto y a quien seguiré llamando por su nombre—, supuesto que nada me llama tanto la atención como los temas gramaticales y servir a quienes se preocupan por adquirir un buen nombre y un oficio honrado que los libre de la sabandija de Colombia que es la política, no en el sentido de arte de servir a la comunidad, sino en el que tiene para muchos aquí. Como recuerdas, en nuestra tierra son muy aficionados a estas cosillas. Y para complacerte creo que podríamos charlar, conversar, soñar, coloquiar, dialogar con alguno de los gran-

NOTA.—En abril de este año falleció en Medellín Fray Julio Tobón Betancur, eminente sacerdote franciscano que dedicó su inteligencia y su afán a educar la juventud y defender el idioma. De sus numerosas obras, y como homenaje póstumo, escogemos para incluir aquí una selección de diálogos entresacados de su libro “Minucias”.

des maestros, a imitación de nuestro renombrado y siempre recordado con admiración y cariño Don Luciano Pulgar, y como el sabio y excelente filólogo contemporáneo Lope de Ochoa. ¿Quiéres que vayamos a buscar una estatua de Don Erasmo, al pie de la cual dialoguemos algunas noches, ya que no somos capaces de soñar ni por pienso y nos faltan las alas del escritor que voló hasta los otros mundos?

Gonzalo — Que me place tu idea y tu iniciativa. Pero haces mal en decir que vamos a seguir las huellas de los artistas literarios que citas. Bien haya el recuerdo de ellos, mas líbrenos Dios de soñar meternos en camisa de once varas. Advertido esto, vamos a buscar una estatua de Erasmo, como lo deseas. ¿Cuál escogeremos, la que le hizo levantar uno de sus copartidarios que le sucedieron en el solio de Bolívar o la que le erigieron los del partido antagónico o la marmórea levantada a ruegos y a costa de los admiradores de su ciencia?

No había terminado esta frase cuando la niebla, que de puro densa parecía nube, nos cubrió y aumentó la oscuridad. La luz no había llegado aún. A poco estar de este modo, notamos que un espectro o más bien una persona humana se acercaba a nosotros, y así exclamó mi amigo:

Rufino. — ...Es Don Lucio Erasmo de Bello, el mismo que hace poco fue de nuevo víctima de las acusaciones calumniosas, pero que ahora en vez de hallar eco nocivo como en el año veintiuno, lo hallaron bienhechor, porque fueron causa esas acusaciones a que en señal de protesta casi la totalidad de la cámara de representantes decretara una de tantas estatuas que nos hemos cansado de buscar.

Lucio. — ¿Qué decís? Durante mi vida estimulé toda empresa desinteresada y patriótica y sobre todo me agradaban las que excogitaban o idealizaban mentes jóvenes, que por lo mismo necesitaban apoyo. Y al tratar vosotros de gramática y escuchar yo vuestros deseos de dialogar conmigo, ya que no queréis soñar, como en verdad parece, me apresuré a satisfacer vuestros deseos, con la condición de que no volváis a hablar de la ingratitud de mi patria.

Rufino. — Usted fue para nuestra patria y especialmente para la juventud faro y maestro, y aún lo es hoy para la mayoría de los colombianos, una vez que éstos aceptan gustosos sus aquilatados consejos, forjados como fueron en la fragua de la atenta lectura, de la ciencia y de la experiencia. Por tanto, sabemos agradecerle el honor de que nos hace partícipes y por ende a su exigencia accedemos con gusto.

Gonzalo. — Empieza tú exponiéndole tus dudas para que nos las responda; pero procura no interrumpirle, porque más nos conviene oírlo que hablar.

Rufino. — Permítame Don Erasmo complaciente, que le interroge sobre lo que usted pensó acerca del enredado negocio de las mayúsculas.

Lucio. — Una de las cosas que juzgué de más importancia, aunque accidental, es este asunto de las mayúsculas, por lo que me permi-

tí en varias ocasiones proponer a la Academia Colombiana que adoptara algunas reglas sacadas de la ortografía seguida por notables escritores, especialmente por Rafael María Baralt y el P. Isla. En primer lugar demostré que hay dos prácticas para el empleo de las mayúsculas: “la práctica alemana, que usa la mayúscula para todo sustantivo, sea propio, sea común; la práctica francesa, por el contrario, propende a emplear la minúscula con todo nombre común, por regla general. Los alemanes, aplicando su norma, escribirían Casa, Mes, Bondad, con letra grande; los franceses, senado, república, rey con minúscula y todo nombre propio con mayúscula” (Sueños IV, 248).

Rufino. — ¿Y en castellano qué práctica de las expuestas se debe seguir?

Gonzalo. — ¡No interrumpas al maestro!

Lucio. — “En castellano ha habido veces en que el uso era casi arbitrario respecto de nombres comunes, muchos de los cuales se ponían con letra mayor, de manera que los escritos se presentaban como bosque “socolado”, habiendo muchas mayúsculas sobre campos de letras pequeñas; y así se ven impresos, v. gr. los bellos libros que salieron de las prensas de Ibarra o de Sancha. Ahora vengo observando, especialmente en periódicos extranjeros muy correctos, que se escatiman las mayúsculas, reservándolas para los nombres propios de personas o cosas; para los nombres comunes que pudieran llamarse excelsos, como Dios, Altísimo, Providencia, Nuestra Señora; o para aquéllos en que es menester cierta distinción como Estado y estado, Constitución y constitución, Iglesia e iglesia” (Ib. 248).

Rufino. — Por asociación de ideas recuerdo haber leído que los españoles de cierta época acostumbraban, por respeto a su rey, escribir con mayúscula todas las palabras que principiaban por r; de suerte que escribían Rey, Rana, Recua, con la letra grande. Soy del parecer que este uso podría extenderse ahora a los pronombres que se refieran a Dios o a otro nombre excelso.

Gonzalo. — De tal modo que tú no sólo escribirías, refiriéndote a Dios, Aquél, Este, como quiere el señor Marroquín; mas también Os adoro; Os amo, Te ruego; y como has de ser lógico o consecuente escribirías por la misma razón adóroOs, ámoOs, bendigoTe.

Rufino. — Esta dificultad creo que ya la señalaba Marroquín.

Lucio. — Yo dije y volví a decir; repetí y volví a repetir que el método propuesto, o sea el de las minúsculas, no era propiamente una reforma precisa, “es la moción —escribía— que presentamos a las corporaciones autorizadas, para que barriendo la selva de mayúsculas que desfiguran mucho la escritura, fijen reglas que abrevien el número de aquéllas, fundándose en estos principios: la escritura de todo nombre propio, como Juan, América; la escritura de lo que pudiéramos llamar objetos excelsos en religión y en política, como Dios, Libertador; y la conveniencia de distinguir ciertos objetos de significado diverso, como Iglesia e iglesia” (Ib. VI, 195,6).

Gonzalo. — Esta regla trifásica es de oro por lo precisa, lo sintética y lo fácil de grabarla en la memoria y de llevarla a la práctica. Ojalá que en lugar de la anarquía que reina y que se recomienda, peor que la selva de mayúsculas de que hablaba usted, se llevara a la práctica esta regla, sobre la cual usted insistió tanto. Las tres fases de la regla que acabamos de oír son fáciles de practicar, de modo que resultan ser la regla que menos dificultades tiene, porque, dicho sea con autorización de Erasmo, éstas no impiden que cuando se quiera hacer resaltar alguna palabra se pueda empezar con mayúscula, aunque lo mejor sería subrayar la palabra, como laudablemente lo hacen muchos escritores.

Lucio. — Os recuerdo que en este mismo lugar me podéis encontrar cuando os plazca dialogar sobre negocios que fueron tan de mi agrado. ¡Hasta la próxima vez que nos veamos!

Gonzalo y Rufino. — Adiós, dulce y complaciente maestro.

Rufino. — Quiero que tú, Valdés amigo, me digas si debe decirse Pío once o undécimo.

Gonzalo. — La doctrina de Bello es terminante, según la cual debe decirse **undécimo**.

Rufino. — ¿Y cómo te parece la elegante expresión “Le venció a fuer de amenazas”?

Gonzalo. — ¡Ya lo creo que es elegantísima! ¿No es acaso tan castiza como elegante la expresión “Le venció a fuerza de amenazas”? Dicha elegancia se parece al lujo que derrochan los que en mi tierra llaman “cachacos pobres”; llevan un sobretodo, camisolín y mangas aplanchadas y eso es todo: menos mal para éstos que para aquéllos.

Rufino. — ¿Entonces por qué escriben autores que se precian de correctos “que rinden homenaje a fuer de amigos”?

Gonzalo. — Aquí el caso es muy distinto, dado que la expresión “a fuer de” es lo mismo que “a ley de”, “a manera de”; por lo que en el último ejemplo sí está bien.

Gonzalo. — Tenemos que advertir a nuestros lectores, si por ventura los tenemos, que estas minucias no son Sueños, aunque hablemos con los que ya murieron en el Señor.

Rufino. — Bien está tu observación, pero añade que tampoco queremos darnosla de sabios o entendidos en las materias que tratamos conforme a autores que el tiempo va señalando como insuperables; sólo se trata de aficionados a la gramática, que no despreciamos, pero sí le rendimos culto, porque si ella no hace escritores, como tampoco los hace la retórica, ni la oratoria hace oradores, ni poetas la prosodia y la poética, ella sí es base indispensable de cualquier profesión en que se deba usar de la palabra en público, ya sea oral, ya por escrito. Ello es que entre los mejores estilistas y polígrafos del mundo y sobre todo de nuestra patria, podemos citar muchos gramáticos.

Gonzalo. — ¿Qué piensas de la palabra **detalle**?

Rufino. — Que es un galicismo que no nos hace falta, ni mucho menos.

Gonzalo. — Es a juicio de buenos gramáticos palabra castiza, por ser de formación legítima, fuera de que la usan escritores como Miguel Antonio Caro y Antonio Gómez Restrepo.

MINUCIA DE LAS CITAS

Gonzalo. — Uno de los mayores genios que ha tenido la humanidad y de aquéllos que sólo de siglo en siglo aparecen, San Agustín, dice que es mejor que nos reprendan los gramáticos que no que el pueblo no nos entienda. Fuerza confesar que esto no indica aversión a la gramática, presupuesto que él escribía y hablaba con extraordinaria soltura, con lenguaje noble y escogido y a veces jugaba con las palabras de modo que sólo le podían entender los oyentes que hubieran estado muy atentos, o los muy inteligentes; quiso sin duda alguna con las palabras citadas decir que cuando se habla al pueblo es inútil y el colmo de la petulancia hablarle con lenguaje elevado o con palabras rebuscadas e ininteligibles. Sucede que los violadores de la gramática son los que menos pueden ser entendidos del pueblo y a los que menos pueden sufrir los sabios y el mismo vulgo.

Rufino. — ¡Bueno, bueno! Has de saber, Gonzalo, que hoy no quiero ir a donde nos espera Don Lucio Erasmo, porque tengo prurito de hablar y debo matar el gusano, hablando contigo, no sea que me vea a canto de faltarle al respeto que exige su Excelencia y su autoridad: excelentísimo porque fue presidente de nuestra República y autoridad porque gozó de ella en política, en diplomacia y en gramática. Del grande Agustín te diré, ya que lo citaste, que el dicho que más nos debe servir, hablando de estas cosas semi-profundas, es el que querría para todas sus obras no solamente un pío lector, sino también un severo crítico.

Gonzalo. — Ah Molesto y siempre molesto amigo, sí que te cae bien tu apellido! Habla, pues, cuanto gustes, que estoy dispuesto a escucharte, con tal de que no caigas en el riesgo de destrozarnos nuestro idioma como lo hacen casi todos los que hablan por hablar.

Rufino. — Gracias por el favor y óyeme. Ante todo, haces mal en interpretar torcidamente y a priori, o más bien de primas a primeras, que hablo por hablar, así como juzgas que a Don Erasmo le interrumpa por interrumpir. Como si no hubiese nacido yo en la ciudad de la cual dijo Manuel Uribe Angel que era, como Antioquia, el centro vivo de la cortesía y de la urbanidad elegante! Quieres dialogar y con todo, no pones la amenidad que merece y exige una conversación, aunque se llame minucia.

Gonzalo. — Así como ser noble no es nacer, sino saberlo ser, como dijo un apreciado escritor y poeta, del mismo modo de nada te servirá la fama de tus conterráneos, si no te portas como ella lo exige.

Rufino. — Te cuento que estoy leyendo **II Metodo del Lavoro Científico** del Reverendo Padre Leopoldo Fonck, S. J.

Gonzalo. — Ese nombre es para mí conocido. El P. Fonck fue un hombre versadísimo en Sagrada Escritura, ramo de las ciencias eclesiásticas muy difícil de sobresalir en él.

Rufino. — ¿Me vas a dejar seguir hablando...? Digo a fuer de sincero que el libro citado es de mucha utilidad para los estudiantes, porque les enseña a leer y les enseña a escribir. Lástima que no haya sido traducido al castellano. Sería para la juventud, estudiante y estudiosa, de mucha utilidad enseñarles cómo se debe leer, cómo se debe escribir y cómo se debe tomar notas; pero conviene que este coloquio, para cumplir un compromiso, verse sobre lo que ese libro enseña acerca de la citación, que unos defienden a capa y espada y otros rechazan en absoluto. Como ves, a estos últimos se les debe dejar en su insensatez, dado que niegan uno de los cuatro criterios de verdad, y los primeros deben distinguir entre lo necesario, lo que adorna y lo superfluo.

Gonzalo. — Según veo hasta filosofía te ha enseñado este libro. Continúa.

Rufino. — Dice el Padre Fonck en el capítulo que dedica a la citación que uno de los mejores signos para distinguir en cualquier campo de la ciencia al mero aficionado del trabajador formado, es el rigor del método y quizá la manera de citar. “Citar significa en general extraer de las fuentes los documentos de un aserto, poner una palabra o juicio de otro para probar la justicia de ellos o en apoyo de la propia opinión. Comúnmente se entiende por citación la que se toma en este último sentido”.

Gonzalo. — ¿En este último sentido tendrá su justificación una cita? Quiero preguntar si conviene en un artículo traer citas y citas, vengan o no a cuento.

Rufino. — ¡Estoy en lugar del maestro! Espéra que allá voy. “Querer apoyar una opinión propia con la autoridad ajena es cosa perfectamente justificada, con tal de que el juicio del otro posea valor real como autoridad y concuerde efectivamente con nuestras ideas. Mas pierde su razón de ser si la confirmación no es necesaria o queda superflua o si no se trata de una verdadera autoridad y si el juicio de tal autoridad no concuerda con el nuestro”. Estas son sus palabras traducidas al castellano al pie de la letra. También puede considerarse como adorno literario, y su uso se justifica con tal que no se convierta en abuso.

Gonzalo. — ¿Y estas ideas no las puedes explicar?

Rufino. — Yo no, pero el autor que estoy exponiendo sí. En la página 525 y siguientes dice: “No debemos tratar de reforzar con autoridad cosas evidentes. De simples hechos incontestables, sea de la historia de un pueblo, sea de la gramática, del tesoro verbal de una lengua, o en cualquier otro campo, sobre el cual pueda dar suficiente noticia cualquier manual u obra de consulta de la ciencia respectiva, no

tenemos necesidad de confirmarlos con citación de fuentes. La autoridad ajena invocada para confirmar alguna cosa, debe poseer un verdadero valor en la materia o asunto en cuestión. Es inútil conceder autoridad a las citas de segunda o tercera mano, como también citar obras antiguas que han sido sobrepujadas ya por tratados mejores del mismo autor, o también traer autoridades para un aserto, de aquellos escritores que apenas trataron el asunto o tocaron el argumento por casualidad. El sentido del juicio citado debe concordar con la opinión que se viene tratando. Aunque es una ley evidente, sin embargo se ve poco observada. En general, es bastante recomendable ser parcos en el citar y no hacerlo todo con autoridad ajena. Pero no es admisible el renunciar entera o casi enteramente a citar fuentes. Esto puede ser cómodo, mas de ningún modo responde a los intereses de la indagación científica”.

Gonzalo. — Para nuestros temas debes añadir que unas veces es necesario citar fuentes, otras no; que las autoridades en gramática son de preferencia los clásicos, puesto que si no añades esto, se podría hallar contradicción entre los preceptos que acabas de apuntar y nuestro proceder en los coloquios o minucias.

Rufino. — Pero la citación tiene sus reglas, de las cuales no dejará de ser la principal la de no meter en nuestro trabajo cita ajena si antes no la hemos comprobado; caso de no poder comprobarla, o se renuncia a hacerla o se deja constancia del lugar de donde se sacó; de este modo evitaremos serios inconvenientes. El plagio y las citas furtivas deben desaparecer por completo de un escrito.

Gonzalo. — Como esta noche resulté discípulo, dime el modo de hacer una cita científica.

Rufino. — Como no soy yo el maestro, sino que esta noche es el Padre Fonck, como te he dicho y repetido, contesto: “En toda cita la exactitud exige que vaya anunciada con precisión y claridad. Por eso conviene designar siempre el autor con nombre y apellido y decir con exactitud el título principal de la obra. Cuando ésta sea poco conocida o se cite por primera vez, se le añade el lugar y el año de la edición, el volumen, el número de la página o el capítulo, número y párrafo. La edición se cita poniendo un número arábigo sobre la línea a modo de exponente” (pág. 250). Para la exactitud y precisión en muchos casos basta citar el título principal de la obra.

Gonzalo. — ¿Cuándo se puede citar en otra lengua?

Rufino. — “La citación en otra lengua depende principalmente del fin y carácter del trabajo. En los trabajos absolutamente científicos se conservan con mucha frecuencia, los textos en francés, alemán, italiano, inglés y holandés, latín, griego y otros. En trabajos destinados a un vasto público es mejor dar en el texto una exactísima traducción del trabajo citado, poniendo en nota el original si fuere necesario. Sin embargo, esto se puede hacer cada vez que se trate de una lengua bastante diferente de la nuestra” (Ib.).

Gonzalo. — ¿Y qué dice el Padre Fonck de l arte de la citación?

Rufino. — No comprendo la pregunta. Arte... no, no dice nada; ya maté el gusano, ahora sí puedes hablar... si quieres.

Gonzalo. — En el modo de citar puede haber arte, y de hecho lo tienen algunos autores; entre todos es modelo excelente Don Marco Fidel Suárez, como se convencerá quienquiera, leyendo la "Oración a Jesucristo", pieza bellísima entre las más bellas de que se gloria la lengua de Castilla. También merece citarse, entre otros el Excelentísimo Señor Juan Manuel González, en el arte de la citación bíblica, como puede verse en su primera pastoral, cuando fue nombrado obispo de Manizales.

Rufino. — Sobre el tema propuesto podría hablar mucho; pero te aconsejo más bien que leas la obra citada. Y antes de ponerte algunas dudas gramaticales, debo decir que la cita tiene que ir entre comillas cuando se hace directa y literalmente. Por lo demás convendría recordar aquí tu defensa de las citas hecha en el artículo "**Plagio e imitación**", una vez que serviría para completar las ideas que he expresado. Pero ya empieza a amanecer.

Gonzalo. — ¿Cuáles son tus dudas gramaticales? No olvides que somos meritos aficionados.

Rufino. — La duda no es mía, sino de algunos amigos que desean saber tu opinión sobre el verbo **constatar** y el significado de **tómbola**.

Gonzalo. — Ya hacía a **constatar** olvidado por completo, por ser un galicismo insoportable; tenemos otros verbos; confirmar, sacar cierto, verificar, cerciorar y sobre todo a **comprobar**, verbo que suple y aventaja al galicismo. Y de la segunda palabra muchos se habrán imaginado que significa automóvil, porque cada que vemos el letrero de "La gran tómbola", vemos debajo un automóvil. Pues bien, significa rifa o lotería. Hojeando hace algunos meses el estimable como pocas obras **Barrido Literario** del P. Raimundo Morales, franciscano chileno, encontré que decía entre otras cosas que trae a la mente la idea de **tombolare** que en italiano quiere decir caer debajo y que por lo mismo, concluye citando a Franquelo, decir Tómbola de Caridad, es casi tanto como decir puñal de misericordia, tiro de gracia, etc.

Rufino. — Ya que al comenzar este diálogo o esta minucia, citaste a San Agustín, séame lícito expresar con el corazón en la mano una idea que me bulle desde que tal cosa dijiste. Si San Agustín escribió las palabras que citaste, con mayor razón se debe reprochar el que se hable al público con términos ininteligibles, que se expresen conceptos o ideas muy altas, filosóficas o demasiado especulativas y en todo esto peca más fácilmente cualquier escuela que no sea la clásica o la romántica.

Gonzalo. — Se habla mucho de predicación evangélica.

Rufino. — Continúo: para hablar bien hay que pensar mejor y es necesario pensar diez veces antes de hablar una; de ahí el ser más difícil expresar conceptos teológicos o filosóficos con términos llanos y

hablar sencillamente sin aplebeyarse, que lucir con los adornos literarios o de la imaginación y nada más. En cuanto a la predicación evangélica me parece digna de tal nombre o de tal epíteto precisamente no la descuidada, pero sí la sublime y áticamente sencilla.

Gonzalo. — Y a fe que ello es así. Cuando oigo una exposición del evangelio descuidada o un sermón talvez improvisado, aunque tenga ciertos matices, me imagino que me están presentando a Nuestro Señor Jesucristo en vasos de plomo; cuando oigo que se predica con adornos indignos del evangelio me parece ver que están mostrando de un modo profano y sacrílego al mismo Jesucristo con arreos mundanos; y cuando oigo un sermón evangélico, preparado y limado sin afectación, nítido y espontáneo sin extravagancias, noble y sencillo al mismo tiempo, entonces me parece contemplar a un sacerdote que presenta a la adoración de los fieles a Jesús Hostia en una custodia de oro purísimo y adornada de piedras preciosas.

Rufino. — No me parece mal.

MINUCIA DEL USO

Gonzalo. — Como la otra noche hablaste tanto, en ésta debemos volver a dialogar con el maestro; mas para que después no le interrumpas, habla ahora un poco sobre el modo de hacer una cita científica de periódicos.

Rufino. — Ya te dije que mi intención, al interrumpir de vez en cuando a Don Erasmo, es evitar que la conversación tome cariz de conferencia, de ningún modo faltar al respeto debido a tan egregia persona; pero sea lo que se fuere, si me vuelves a reprender delante del maestro, dejaré de dialogar contigo.

Gonzalo. — Nó, hombre, la cosa no es para tanto; mira que ya estamos llegando al lugar donde nos epera Don Lucio y talvez piense mal de tu proceder. Respónde ligero, si quieres.

Rufino. — ¿No columbras al maestro?, parece que estuviera mirando hacia la comba y estrellada altura... Respondo a tu pregunta con brevedad: en las citas de periódicos además del título y lugar de la edición se pone el número del volumen, el año y la página, por ejemplo, *Revista Javeriana*, Bogotá, t. I (1934), p. 36; cuando el periódico está dividido en series, el número de ésta precede al del volumen.

Rufino. — Cuando lo columbramos en lontananza, bondadoso Erasmo, creíamos que aún miraba la estrella cuyos fulgores caían verticalmente sobre la que fue amada de usted con cariño tan singular.

Lucio. — Mil gracias por el recuerdo. Ustedes recordarán que el poder contemplar con tranquilidad la estrella de que acaba de hacer mención Rufino Molesto, fue uno de los motivos que influyeron en mi separación espontánea del mando supremo.

Gonzalo. — Está bien el recuerdo que hace Molesto; está bien el detalle que nos da Don Luicio Erasmo acerca de uno de los actos que más embellecieron su vida inmaculada y fecunda en obras religiosas y patrióticas! La contemplación de los mundos luminosos llena de dulces esperanzas el corazón del creyente y hace pensar a cualquiera en la omnipotencia divina; razón tuvo Tulio en afirmar que nadie es tan loco que con sólo mirar las estrellas no venga a reconocer la existencia de un Dios. Tenemos que dialogar, maestro complaciente, sobre el estilo; no propiamente para hacer un estudio, cuanto para que nos dé algunos consejos que sirvan de norma no sólo a Rufino y a mí, mas también a todos los estudiantes y estudiosos que deseen alcanzar algún estilo.

Rufino. — El tema es largo y conviene tratarlo despaciosamente y juiciosamente. Es claro que el asunto gustará poco a los ultramodernistas, pero por lo mismo debemos estudiarlo y probar que sin embargo de la distancia que nos separa de los clásicos, tenemos escritores de prosa nítida, brillante y hasta clásica; por tanto, éstos deben ser imitados y de ninguna manera los primeros, cuya prosa es barro, paja, humo, nada. Ahoga dígnese, maestro Lucio Erasmo, decirnos algunas palabras respecto al uso.

Lucio. — Antes de responder, dígame si ya en Bogotá se dejó de decir teatro Colón.

Gonzalo. — Ciertamente, después que usted corrigió tal frase se ha venido notando alguna enmienda. Casi siempre se dice y se escribe teatro de Colón. Sin embargo, no se puede decir lo mismo en cuanto a otras expresiones similares, como Avenida de Chile, Academia de Pío XII. Pero lo curioso es que muchos dicen teatro de Colón y luego teatro Nariño, dizque por ser el nombre que le pusieron al teatro, como si también le hubieran puesto teatro Nariño, hubiera que decirse así. Olvidan que una de las pocas veces que usted habló categóricamente —cuando se trataba de opinar— fue precisamente cuando pidió la preposición para tales expresiones.

Rufino. — Quisiera recordar sus palabras.

Lucio. — Soy contento. “Me parece, decía en uno de mis Sueños, que ya la corriente no puede contenerse, aunque resulta caprichosa, una vez que dicen teatro Colón y puente de Santander; paseo Bolívar y plaza de España. Mucho tendría que devanarse los sesos quien imaginando más y más frases, probara a someterlas a regla; pero lo correcto debe ser emplear el *de* por regla general” (Sueños, t. IV, p. 99 s.).

Rufino. — ¿No se podrá alegar en favor de la práctica contraria el uso, que es árbitro y señor del lenguaje?

Lucio. — Al fin, Molesto, vuelves a traer el punto, como para que cojamos el hilo perdido! El uso no basta él solo, antes necesita ir acompañado de la discreción gramatical o de la que llaman ciencia del lenguaje; de la balanza que sirve para pesar los quilates de una frase o de un vocablo acomodados al genio del idioma. ¿No han leído el dis-

curso de Don Miguel Antonio Caro acerca del uso y el prólogo de las Apuntaciones del sabio Cuervo?

Gonzalo. — ¡Cómo no! Miguel Antonio Caro y Rufino José Cuervo con usted (y perdone la alusión, que en minucias o disparates nocturnos y cuasidelirantes esto es permitido) forman el no hay más allá en materias filológicas. Fue preocupación de los tres todo lo relacionado con la pureza del lenguaje, porque todos tres juzgaron que la lengua es la patria y que después de la religión, nada conserva el sentimiento patrio en su esplendor, como el idioma. Parece que la divisa de tales ases hubiese sido: religión, patria e idioma.

Rufino. — Para qué tantas divagaciones. Estoy de acuerdo con tigo, pero mejor sería que citaras algo de Caro, si tu memoria no te es infiel.

Gonzalo. — Caro, no sólo en su discurso citado, pero también en varios artículos de polémica propone claramente hasta dónde debe aceptarse el uso como norma: “El hecho, cuando no tiene, ni admite, ni consiente fundamento alguno, alegado como razón única, es un insulto a la razón verdadera... Merece el hecho respeto y acatamiento, no por lo que es en sí, sino por lo que representa; y si el uso no es más que un hecho le seguiré por necesidad, no le acataré con el entendimiento”. Debe apoyarse en una ley. Apunta los desastres que sucederían en una lengua entregada al uso, la cual terminaría en su descomposición y multiplicación en dialectos, y viniendo a la lengua en Colombia, señala en otra parte (en el Contradiálogo de las letras) el peligro de que llegue un día en que tengamos que pasar por la humillación de aceptar como lengua literaria, la inglesa. Perderíamos al mismo tiempo nuestro carácter nacional. Por lo cual concluye en último artículo, que trabajar por mantener la unidad del idioma es un acto indirecto de bien entendido patriotismo (V. Rep. Colombiano, t. 6).

Rufino. — ¿Por qué dejas perder el hilo que con tanta delicadeza le retorné al maestro?

Gonzalo. — No me he apartado del tema, y aunque así hubiese sido no habría hecho mal, porque debemos aprovechar los elementos oportunos para recordar que es obligación de patriotismo cuidar por la pureza del idioma. Cómo se hace sentir la falta de una sección en algún diario o por lo menos en alguna revista, que sea únicamente para ir corrigiendo si no los defectos que se cometen a diario en el habla, por lo menos los que se cometen en los escritos. Da mucho qué pensar sobre el porvenir de nuestro “idioma imperial” la plaga de galicismos que parece estar en un **crescendo** infinito.

Lucio. — Si es verdad todo eso, aunque se apartara del tema, me causaría suma complacencia el interés que toma por nuestro idioma, porque “eso de no dejar títere con cabeza en negocios públicos y de honra privada, en materias políticas y civiles, y salir diciendo Hubieron fiestas o Si lloviese, no salgo, eso sí da lástima y al mismo tiempo cólera”.

Rufino. — ¿No ve, Don Lucio, que Valdés olvidó que en algunos periódicos salen de vez en cuando secciones gramaticales?

Gonzalo. — Sigamos con el uso, tema de mi nada molesto amigo. “Más acaece también, continúo citando a Caro, no descubrirse talvez entre los autores aquella uniformidad sobre la cual se delinear sistemas, antes estar en contradicción unos con otros, y ninguno acaso consiguiente consigo mismo, como se ve en materias ortográficas; o bien, que aunque general una práctica, cuales de notar en algunos puntos de sintaxis no se explique su opción sino por ignorancia o incuria, y esté en pugna con poderosas razones de etimología, de lingüística o de crítica literaria. Lícito es, en tales casos, que el escritor de conciencia se aparte no sólo del uso común, sino del uso literario más general, iadeándose a lo que estime más razonable y perfecto, codicioso de mayor corrección y perspicuidad en el estilo” (Discurso sobre el estilo...). En síntesis viene a ser lo mismo que expresó Bello, cuando dijo que si el uso tolera dos medios de expresar una cosa se debe preferir el más propio.

Rufino. — Con el abstracto uso tiene relación el empleo de neologismos y arcaísmos, y aunque no la tuviera, séame lícito consultar a Don Lucio sobre su recto empleo.

Lucio. — Conviene no llenar de clavos los escritos, de manera que se haga necesario interrumpir la lectura para buscar lo que signifiquen ciertas voces estrambóticas e incomprensibles. En cuanto a los neologismos, dos autores pertenecientes al número de aquellos ingenios que condensan en breves pensamientos inmensa doctrina, nos darán la norma que buscamos. El uno es Horacio, poeta de la sabiduría, que resuelve la cuestión con el símil del árbol y las hojas que se renuevan, diciendo que unas caen amarillas para que otras broten tiernas, pero siempre conservando la forma. El otro es el autor del “Quijote” que, todavía en más breve cifra, nos enseña que la discreción es la gramática del buen lenguaje, que se acompaña con el uso. “Quieren estos pensamientos decir que el idioma se muda, crece y se desenvuelve pero no al acaso y al capricho, sino conservando su condición o ciencia gramatical como la llaman algunos autores” (Sueños, t. IV, p. 150, etc.). El arcaísmo lícito y bueno es la voz olvidada, pero guardada en el arca de los autores y que puede sacarse de allí a lucir, ostentando su clara belleza y perfección, perceptible por todos inmediatamente.

MINUCIA DE LA POESIA

Rufino. — ¿Cómo es eso, Valdés amigo, cómo es eso que ni una palabra hemos dicho del ingenioso aedo Juan José Botero, paisano mío y vecino tuyo y si se quiere más vecino de tu población natal que lo fue Gutiérrez González a quien con justicia admiras y estimas?

Gonzalo. — Tienes razón, Molesto y debemos cumplir con lo que crees y juzgo ser obligación nuestra, quiero decir que debemos dedicarle gran parte de la presente minucia nocturna al autor de la

verdadera novela antioqueña “Lejos del Nido” y al cantor jocosos de la nigua y el bagaje. En efecto: Don Juancho, nacido en Rionegro, ciudad que une a los blasones y pergaminos el progreso de las ciudades modernas, apacible y graciosamente rodeada por las negras aguas del río que le da su nombre (después el Nare), recorrió él casi toda la república y llegó a tener, sobre todo en Antioquia, la popularidad de Julio Flórez. Jacarandoso y “charro”, divierte sobremanera con sus poesías y dramas festivos y hace pensar y eleva el pensamiento cuando quiere enseñar, como en **La Caridad**. Su genio es innegable y no carece de inspiración.

Rufino. — Confesemos que no fue sabio como Gutiérrez González y que no llegó a tener el sentimiento poético de Epifanio Mejía, sus amigos; mas quien no le reconozca mérito literario, anda fuera de la verdad, presupuesto que hay que reconocer, como decía él mismo, que nadie ha cantado a la nigua como Don Juancho: “Tan chiquita, tan pequeña - tan invisible, tan nada - es un átomo, es un punto - de figura, es ultraescasa; - pero corre como perro - y como conejo salta - y muerde como víbora - y arroyos de sangre saca...”. Como dramaturgo, son importantes “Margarita” y “El mártir del Santuario”; estos dramas son talvez los mejores; de sus poesías son notables “Historia de un bagaje, contada por él mismo”, “La Caridad” y sus parodias. ¿Y los dramas de género chico? ¿Y las poesías festivas? ¿A un tamal, a la nigua, etc.? Es lástima que fuera de Antioquia ya no se le conozca; pero ¡que no le conozcan los que están obligados a ello por uno u otro motivo!; ¿pero qué de los que conociéndole no le estiman y admiran? ¡qué cosas, qué cosas!

Gonzalo. — ¿Y no iremos esta noche al maestro?

Rufino. — ¡Vamos!

Gonzalo. — Juan José Botero nos llena de recuerdos, porque esas tierras que describe nos son muy queridas, porque el lenguaje es genuinamente antioqueño y porque su vida de niño y de joven en nada difiere de la nuestra.

Rufino. — Así me gusta. El maestro se acerca.

Lucio. — Buenas noches, amigos míos! Parece que hoy Rufino llega contento y con ganas de hablar.

Rufino. — Ganas nunca me faltan; pero conviene escuchar muchas veces. Me permito, pues, invitarlo a que nos diga alguna cosa respecto a la poesía.

Lucio. — Con gusto lo haré; y principio por la definición que según Sully-Prudhomme es “una inspiración expresada bajo la forma de verso”. “El sentimiento de la poesía como el de las demás artes de belleza, es el imán de lo suprasensible, la voz misteriosa de una vida ulterior, que se entreeje a veces en las misteriosas emociones, tristes e inefables, que siente el alma al contemplar en cielo estrellado a las lon tananzas de la tierra” (Elogio de M. A. Caro).

Gonzalo. — Los enemigos más declarados de la poesía son, en sentir de Caro, el materialismo y el egoísmo.

Lucio. — Lo cual es muy cierto, porque siendo la poesía una membraza, una aspiración, y alimentándose, como se alimenta, de bellezas las más puras y elevadas, el materialismo es incapaz de sentirla, cuánto más de expresarla; el frío egoísmo no la siente y si la siente no es capaz de comunicarla. Quien puede divisar una montaña lejana que lleva un nombre querido; buscar la estrella cuya luz cae a plomo sobre el sepulcro solitario, meditar la profundidad de dolores sobrehumanos, este tal no puede ser en modo alguno egoísta, cuanto menos un materialista.

Rufino. — ¿Y es necesario que se escriba en verso para merecer el nombre de poesía o el título de poeta?

Gonzalo. — Según la definición citada por Don Lucio Erasmo habría que decir que sólo es poeta quien escribe en verso; mas quién podría negar que el que escribe, por ejemplo, sus sentimientos con belleza sin igual, con una profunda sensación de espiritualidad, de melancolía, de encanto misterioso, quien descubre el secreto simbolismo de las cosas ordinarias y lo expresa de un modo tan sentido que eleva al lector a un mundo superior, a quien esto hace, digo y pregunto, se le podrá negar verdadera inspiración, se podrá negar que es poeta, aunque no escriba ni un verso? En caso negativo tendríamos que pasar por alto mucha poesía que encanta, por el solo hecho de estar escrita en prosa, como sería la misma prosa de Epifanio Mejía y Rubén Darío, y tendríamos que admitir como tal, las innumerables versificaciones que con título o sin él corren por el mundo. Por eso yo entiendo que sólo así pudo decir Miguel Antonio Caro que la poesía no es música de palabras, sino celeste música de pensamientos.

Rufino. — Como ya el maestro conoce mis gustos, no le puede parecer raro que le pregunte si los poetas pueden o no a su antojo traspasar las leyes de la métrica, de la prosodia y de la gramática.

Lucio. — Clópstck escribió que la única ley de la poesía es no tener ninguna y Goethe dijo: “Es preciso que el arte sea la regla de la imaginación y la transforme en poesía”. Tenemos, pues, aquí dos ingenios en abierta oposición; pero reflexionando parece que el último tuvo más razón que el primero, una vez que el arte agrada siempre y la fantasía sola casi nunca. Ciertamente que los poetas gozan de muchas libertades, que en ocasiones pueden llegar hasta la inventiva de palabras, de ritmo y de combinación de versos y estrofas; mas es fuerza reconocer que hay leyes inviolables de prosodia, de gramática y hasta de métrica.

Gonzalo. — Permítaseme completar este pensamiento, diciendo que uno de los poetas más liberales, por decirlo así, que ha habido fue sin duda Rubén Darío; pero no hizo otra cosa que apartarse de las escuelas tradicionales y fundar una propia con más libertades y licencias poéticas si se quiere, mas también sujetas estas mismas licencias a le-

yes sobre todo de ritmo; y como él poseía un oído delicadísimo, supo dar a sus poesías una musicalidad extraordinaria y tan feliz que embelésó a muchos, de los cuales los unos, Nervo, Santos Chocano, el uruguayo Herrera, merecen aparearse con el principal fundador del modernismo y su predecesor Silva, y los otros —quizás los más—, confesémoslo, han llegado a extravagancias ridículas, presupuesto que a la falta de pensamientos soberanos han juntado la falta de ingenio y de arte.

Rufino. — ¿Y la gramática para cuándo la dejan? Pues entonces yo me respondo con una cita de Caro: “La libertad de los poetas y pintores se refiere a la inventiva, a la prosodia. Puede referirse también a la facultad que tiene el poeta épico o lírico de resucitar y elegir las palabras propias del dialecto poético, al atrevido de metáforas, de verbos neutros con fuerza de transitivos, etc. Pero en ningún caso, como advierte Horacio, es lícito lo **monstruoso**; y una desviación permanente de la pronunciación usual, sería una monstruosidad. Puede haber licencias ocasionales y atrevidas, extravagancias que se echan de ver, pero esas son excepciones, y la mayoría de los casos establece la regla” (Contradiálogo de las letras, Rep. Col. t. 6, págs. 65-66).

Lucio. — Concuerdá con esto lo que ustedes han leído en las Apuntaciones (n. 50 de la 6ª) acerca de esa libertad que dicen se les concede a los poetas, según la cual no les es lícito, a no ser que lo hagan por chiste, romper con el uso universal y hacer lo que se les antoje: “El vate más encapotado nunca podrá hacer grave a **lágrima** ni esdrújulo a **altivo**, así como tampoco hacer regular el verbo **mover** o irregular a **tomar**”.

Gonzalo. — ¿Y la poesía será todo fantasía?

Lucio. — Mi amigo Caro escribió: “El poeta que aspire el aprecio de un público ilustrado debe ante todo poner pensamiento en sus versos”. Y después de hablar hablado de la naturaleza puse en boca de Justino que la poesía tiene su realidad y realidad adecuada a la gloria de la Omnipotencia y al provecho del hombre. “La vida sería muy triste sin el espectáculo de la naturaleza, que consuela, porque distrae los dolores, anima, porque excita esperanzas” (Sueño del Nacionalismo).

Rufino. — No faltan malas lenguas que aseguren ser Gonzalo Valdés o como se llame en vida un farsante en materia de citas, o un ignorante. Querría que delante del maestro se defendiera.

Gonzalo. — ¿Para qué? Las citas que hemos hecho y las que haremos, si Dios no lo remedia, son conscientes, es decir hechas a ciencia y conciencia. Nadie ignora, por ejemplo, la existencia de Luciano Pulgar, aunque le llamamos Lucio Erasmo de Bello, y la de sus “Sueños”; pero si dicen que la doctrina no existe, ojalá se tomen el trabajo de verificar cualquier cita o mejor todas; caso de salir con las suyas, que no saldrán, es decir de encontrar la farsa, pueden decírnoslo y no tendremos inconveniente ni pena en confesar la culpa, y llorar los pecados, por más involuntarios que ellos sean.

Rufino. — Es que me consta que no han hecho el menor esfuerzo para verificar una cita.

Lucio. — Me atrevo a terciar en el paréntesis, aconsejando a Valdés y a Molesto que no hagan caso de decirs, cuanto más que si carecen de todo fundamento la mejor respuesta es el silencio, pues muchas veces es el último triunfo de la Verdad.

Gonzalo. — Para cerrar paréntesis añado que sabemos muy bien que las citas o mejor el recargo de citas en trabajos literarios tiene sabor de pedantería y en vocabularios populares los materiales más valiosos no son los que dan la bibliografía, sino el pueblo.

Rufino. — Qué le parece, maestro complaciente, que no sólo los traductores de novelas francesas, pero también de libros serios no se preocupan mucho ni algo por darnos traducciones castizas y castellanas; hay excepciones, mas son pocas; así por ejemplo, el discurso de Bossuet sobre la historia universal adolece de galicismos y las celebérrimas conferencias de Monseñor Boucard, tienen más de siete galicismos nada más que en el primer tomo, y tales como el siguiente: “Quién habrá que a vista de una esfera representando la tierra, de un reloj . . etc.”. A propósito del gerundio digamos que nunca se usa con sustantivo que no sea complemento acusativo, excepción de hirviendo y ardiendo.

MINUCIA DE LA CRITICA

Fidel. — Me apresuro a saludar y a desearle buenas noches a Valdés, no sea que Molesto llegue pronto y tenga que volverme a casa, dado que sus modales me chocaron.

Gonzalo. — Te respondo, mi joven y fiel amigo, por la conducta que observará esta noche, ya que tengo preparado un tema para que nos hable. Lo verás cómo se va a manejar de bien.

Fidel. — ¿Quién viene allá? Parece ser tu amigo Molesto. . . Por qué no me dices si has hallado en algún clásico o escritor castizo la palabra **revancha**; yo por mi parte te digo que no he podido encontrarla más que en el diccionario francés, en la forma **revanche**.

Rufino. — ¡Buenas noches, señores míos! El joven como que es un poco afrancesado; le alcancé a oír **revanche**.

Gonzalo. — Punto en boca, siempre molesto; espera que siquiere te informemos de la conversación. Me preguntaba que si yo había visto empleada por algún escritor castizo la palabra **revancha**; a lo cual le contesto que nunca ni en ninguna parte, antes bien, exigen algunos el uso del vocablo **desquite** en vez de esotro galicismo.

Rufino. — Excúseme, jovencito. Era que venía aturdido y medio loco de oír tantos barbarismos: allá oía **toilette**, **acaparar** y **crack**; aquí **speaker** y **debutar**, más acá oigo a un jovencito que cuenta a su amiga haber conocido Medellín; pero no, imposible seguir, terminaría en el manicomio.

Fidel. — ¿Qué es lo que pasa, Doctor Rufino Molesto, por ventura usted sufre de manías gramaticales?

Gonzalo. — Dejen la cosa y hablemos Rufino del tema que traemos. Dínos en dos palabras tu opinión sobre el estado actual de la literatura en Colombia; según tu parecer ¿qué nos sobra o qué nos falta?

Rufino. — ¿Conque me pones a disertar en presencia del joven orador? Dile a Don Fidel que nos eche otra conferencia, pues mi oficio hasta ahora ha sido y lo será en adelante presentar mis dudas a fin de que me las resuelva quienquiera, ya sea el maestro, ya Valdés o cualquier aficionado o mejor entendido en el asunto.

Fidel. — Sin disertaciones de ninguna especie, como dice con ironía el señor Molesto, pero con el fin de poner mi contingente en estas conversaciones les digo que Don Miguel Antonio Caro opinaba que en su tiempo todavía era imposible hacer con la literatura colombiana lo que hicieron los críticos en España. Se refería principalmente a la crítica que se hacía de la imitación; a pesar de su aserto, él, nacido para la crítica sana y concienzuda y con las dotes que le dio naturaleza, además de sus vastos conocimientos así de nuestro idioma, como de las lenguas clásicas y de las romances, parece que se preocupó muy mucho y trabajó como ninguno por la purificación de nuestra literatura.

Rufino. — Mucho que me agradan las palabras del joven Sincero; y así de un tiro voy a matar dos pájaros, porque respondo ante todo a Valdés que es opinión del triste de mí que ya no estamos en las circunstancias que acompañaban a la literatura patria del tiempo de la mocedad del gran Caro, como nos lo acaba de transmitir Fidel; y como consecuencia de esta opinión, respondo en segundo término que nos sobran obras y autores y nos faltan críticos desapasionados.

Fidel. — Precisamente Miguel A. Caro escribía: "Pueblo falto de dirección crítica da injusta o confusamente la alabanza o el vituperio". Y esto es lo que está pasando con nuestro pueblo; vengo notando que si por ventura algunas revistas y algunos periódicos son parcos en la alabanza, por lo general se nota mucha loa, mucho incienso.

Gonzalo. — Tienen razón ustedes en afirmar que ahora se peca más por exceso que por defecto en la loa. Ya no existe un Caro, un Marroquín y un Suárez, por ejemplo, los cuales si bien alentaban al principiante y le tendían la mano para ayudarlo a adelantar y medrar, con todo, nunca hicieron paces con los errores que cualquiera puede cometer y sobre todo el principiante. Ahora la idolatría, es decir "la propensión a rendir homenaje ciego e incondicional a un autor" (Suárez), es vicio muy extendido entre nosotros y causa verdaderos estragos; es tan perjudicial como el vicio contrario y ha sido causa para que genios prematuros queden aplastados bajo el peso de lo que ellos creían plausibles triunfales.

Rufino. — Pero lo peor de todo es que estamos acostumbrados al incienso y así cuando alguien, con recta intención, señala algún defecto, bien puede ser enorme y patente a todos, inmediatamente le llue-

ven los vituperios y quién sabe qué le pasaría si tuviese el atrevimiento de ratificar el defecto o los yerros señalados, aunque cite autoridades, pues en este último caso sería tildado de pedante, envidioso de la gloria ajena. Concluyo afirmando que tuvo razón un joven escritor cuando hace ya varios años señalaba como único defecto de nuestra literatura la falta de críticos. Naturalmente rechazo de raíz toda crítica apasionada en sentido contrario.

Gonzalo. — Temo mucho que seamos tildados de criticastros, faltos de buen gusto y quizás de criterio estético; o a lo menos de temerarios y mentecatos.

Rufino. — Si es lícito criticar a los grandes hombres, ¿por qué ha de estar vedado hacerlo con los que no son tan grandes?

Fidel. — No comprendo la respuesta que usted acaba de dar a su amigo y mío, Gonzalo; ojalá se explique.

Rufino. — Enhorabuena; voy a hacerlo. Ante todas cosas digo que yo nunca he aspirado a esa magistratura nobilísima, es decir a llegar a ser crítico, ya que para el recto ejercicio de la crítica se requieren muchas dotes y muchos conocimientos de que carezco; empero sostengo a usted que es permitido juzgar a los grandes hombres y en nuestro caso a los grandes escritores. Ya lo dijo Sergio Aaboleda: “Si para juzgar a los hombres extraordinarios se necesitan dotes intelectuales superiores (y añado yo: iguales), todos o la mayor parte de ellos quedarían sin jueces. Con las obras literarias sucede lo que con las pinturas y las piezas de música: el ingenio las produce, y el sentimiento común las juzga” (Rep. Colombiano, t. 2, mayo). Fuera de que como dijo el mismo autor citado, los mayores genios son grandes en un aspecto, y en lo demás pequeños. Y usted, joven leído, ¿por qué a lo menos no nos lee el sentir de Miguel A. Caro, que si no estoy trascordado, expresó en su famoso Contradiálogo de las letras?

Gonzalo. — Otra vez le avisas con tiempo a Fidel qué libros deseas consultar, para que así los tenga listos.

Fidel. — Ya encontré, señor Molesto, la opinión de Caro, en el tomo VI del **Repertorio**, p. 49. Pregunta si tienen derecho los gramáticos a criticar a los escritores clásicos y si pueden descubrir en éstos incorrecciones.

Rufino. — ¡Así me gusta! Léanos la respuesta.

Fidel (leyendo). — “Así como los grandes pintores y escultores, los artistas eminentes, no fueron felices en todos sus toques, antes cometieron algunos desaciertos, y sus obras adolecen de defectos, que los inteligentes, sin **emulación** ni **envidia**, pueden señalar y señalan, como intérpretes del buen gusto, del propio modo los escritores clásicos, artífices de la lengua tienen sus lunares (las **paucis maculis** de que habla Horacio), ya literarios, ya gramaticales, que la análisis descubre y que los maestros del arte anotan al lado de las bellezas, para formar el criterio estético de la juventud estudiosa. La ciencia es superior a los sabios que la han hecho progresar, y cualquier estudiante de matemá-

ticas sabe hoy cosas que ignoraron Leibnitz, Newton o Pascal, sin que por esto sea un genio como ellos fueron. De la misma manera la lengua literaria, aunque educada por los escritores clásicos es superior a ellos, y en ellos podemos notar defectos sin faltar al respeto que les debemos. La perfección siempre está distante y un observador entendido puede admirar lo que alcanza aún el más esforzado atleta, advirtiendo al mismo tiempo lo que le falta”.

Rufino. — ¡Quién lo creyera! esto es casi el mismo pensamiento que expresé hace unos momentos. Por tanto, un buen escritor que se precie de tal, no debe extrañarse si en veces falta y cae aunque no debiera caer ni faltar, y tampoco debería enfadarse contra quien le señalara los yerros, a imitación de muchos sabios que no se avergonzaron de ello ni lo llevaron a mal.

Gonzalo. — ¡Mucho que ibas a escuchar nada más! Cítanos si quiera algunos de los casos a que aludes.

Rufino. — Con mucho gusto, aunque parece algo descontento el joven Sincero. Entre otros, se refiere de Apeles que acostumbraba exponer sus cuadros y se hacía detrás de una cortina a oír las críticas para corregir después lo que había oído digno de corregir. Sucedió que un zapatero le corrigió los zapatos, por lo que Apeles, vista la razón, enmendó la obra. Tomó ínfulas con este suceso el zapatero y osó de nuevo criticarle, mas no ya un zapato, sino una parte del cuerpo representado en la figura. No lo consintió ya Apeles y saliendo de su escondite le dijo la célebre frase de todos conocida: “¡Zapatero a tus zapatos!”. De Newton también se refiere haber sido enseñado de un muchacho sobre el modo de llevar brasas en la mano sin sufrir quemaduras, cosa que el sabio en profundas meditaciones no había podido solucionar. Pero vale más todavía lo que escribió Núñez: “La vanidad y la soberbia son pésimos consejeros. Un hombre que se cree perfecto está condenado a la desgracia, porque no se da cuenta de sus errores y debilidades, de que nadie está exento, y esos errores y esas debilidades lo conducen tarde que temprano a una ruina cierta. El pesimismo absoluto es infecundo; pero el optimismo absoluto es con frecuencia desastroso”. Además Don Lucio se gloriaba de reconocer sus yerros y corregirlos, ya fuesen gramaticales, ya de religión o de cualquier otra especie.

Gonzalo. — Has olvidado que siendo presidente de la república Don Marcos, le entregó a su secretario varias cartas para que las revisase y corrigiese. Este encontró dos errores de ortografía, por lo cual no sabía cómo advertírsele, pues por una parte temía corregirlos, pareciéndole como le parecía, que el equivocado podría ser él (el secretario) y no el presidente, mas por otra parte temía despachar las cartas así. Decidióse, al fin, a notificarle a Suárez; pero lo hizo con rodeos; empero Don Marcos, sin manifestar descontento, ni sorpresa alguna le contestó: — ¡Apenas halló dos errores? Me alegro que no haya tenido más Corríjalos. Esto me lo contó mi maestro de colegio, hace ya muchos años.

Fidel. — Me admira que esta noche no haya acosado la vida el señor Molesto.

Rufino. — ¡Pero si ya volvió el verano! Al frío no le temo, jovencito; únicamente a la humedad. Y además con un palique tan ameno como el que hemos tenido.

Gonzalo. — ¿Aprendiste, Fidel, el remedio para calmar a Rufino?: Honores, gramática y dejarlo hablar.

Rufino. — Le ruego al jovencito que no dé mucho crédito a lo que de mí dice Valdés.

Gonzalo. — Habiéndole dicho a algún amigo que iba a hablar de crítica, pero que temía por muchos motivos, me contestó que no podía dejar de hacerlo y me animó y me aconsejó a que escribiera o hablara, pues lo es muy necesario.

MINUCIA DEL ESTILO

Gonzalo. — Mientras llegamos al lugar en donde encontraremos al maestro, dime, Fidel amigo, tus impresiones sobre el último diálogo.

Fidel. — Más bien te las diré sobre Rufino. Este hombre tiene como muchos otros algo de Sancho y mucho de Quijote; tiene grandes ideales e intenciones grandes; sin embargo, con mucha frecuencia sale fuera de sí, y como todo provinciano que llega a la capital, mal de su grado, siente nostalgia de sus montañas, del silencio de las selvas y de los campos; el bullicio de la ciudad le aturde y quizá debido a esto oscila entre el bien y el mal, entre su natural bueno y simpático y la neurastenia que se apodera de uno, sin quererlo y sin pensarlo, en las grandes ciudades.

Gonzalo. — Piénsa en lo enojado que se va a poner cuando se dé cuenta de que estuvimos con el maestro.

Lucio. — No los esperaba ya. Creía que la inconstancia, tan propia de mis compatriotas, se había apoderado también de ustedes. Pero advierto a un desconocido y hecho de menos a Rufino.

Gonzalo. — El joven que le presento a usted ha tomado parte en nuestras últimas minucias nocturnas. En la última nos citó creo que varias veces a Don Miguel Antonio Caro, pues tratándose de crítica nos pareció conveniente oír los conceptos de nuestro grande hombre, y Fidel —que es el nombre de este joven— se apresuró a complacernos.

Lucio. — ¿Conque es usted aficionado a la lectura de nuestro inmortal hombre? Ojalá continúe sin cejar en la lectura de autores como Caro, una vez que ella hará de usted un hombre juicioso, pensador, libre, educado e instruído. Durante mi peregrinación por el valle de lágrimas traté de servir a Dios y a la Patria y me daba lástima pensar lo que sería de Colombia si la corriente de los jóvenes que se deleitan en la lectura fútil, dañina, corrosiva así de la inteligencia y del buen gusto como de la morigeración, se sobrepone a la de aquellos pocos que toman el fuerte y sólido alimento de los autores sanos, de los escrito-

res que quieren más enseñar que deleitar, sin que por eso sean descuidados en la forma.

Gonzalo. — Allá viene Rufino, sudoroso y jadeante; ¿qué le habrá pasado?

Rufino. — Bendecido sea Dios, Don Lucio complaciente, pues al fin he encontrado a mis amigos. Qué le parece, Don Lucio, que llevaba una hora buscándolos sin poderlos encontrar; hasta que me acordé del bueno de usted y me dije para mis adentros: “Me voy a buscar al maestro y a dialogar con él yo solito, dado que mis amigos se pusieron a jugar a escondidas conmigo”. Pero como ve, salieron adelante y talvez dieron pie para que usted pensara menos bien del pobre de mí.

Lucio. — No tenga cuidado, señor Molesto. A lo sumo llegué a imaginarme que estaría libando al dios Baco, como pasaba con Donato; mas esto por ser hoy día cosa muy común en nobles y en plebeyos ya no extraña.

Rufino. — ¡Bueno, amigos míos! la noche última que estuvimos dialogando hablamos de la crítica, y se nos olvidó citar alguna partecita del “Arte poético” de Boileau. Los versos que quiero recordar dicen así:

“¿La crítica te espanta? A criticarte
aprende tú severo; la ignorancia
es de sí propia nota admiradora.
Búscas amigos, que sepan ser censores,
de todo error intrépidos contrarios...”.

Después de hacer el parangón entre el lisonjero y el buen amigo, continúa Boileau:

“Así habla siempre el verdadero amigo.
Mas tal lenguaje, raro autor escucha:
Tercos en defender cuanto producen
del agraviado error toman parte.
¿La expresión, dices, de este verso es floja?
—«Justamente es mi verso favorito».
Responderá. —«Por fría yo quitara
aquella voz». «La más feliz de todas».
—«No me gusta esa frase». «A todos gusta»”.

Gonzalo. — Diálogo como el que acabas de citar, ideado por Boileau, se efectuará en cualesquiera ocasiones que haya de hacerse la mínima crítica.

Fidel. — Entre las cualidades que señalan los retóricos como necesarias a un crítico, está la de poseer estilo. No he podido entender lo suficiente el alcance de esta palabra, por lo que ruego al señor Molesto nos hable del estilo.

Rufino. — Olvida usted que estamos con el maestro. A él toca, con la bondad que lo ha hecho siempre, hablarnos en esta ocasión.

Lucio. — Díganos, Valdés, la etimología de estilo.

Gonzalo. — Así se llamó, **stilus**, por metonimia, al modo de escribir o de expresarse cada uno. *Stilus* era el punzón con que escribían los romanos en tablas enceradas; era puntiagudo por la parte destinada a escribir y por el lado opuesto era plano, sirviendo de este modo para extender la cera para borrar, de ahí el “*vertere stilum*” de Horacio.

Lucio. — Exacto; por consiguiente, en este sentido estricto **estilo** quiere decir el modo peculiar de expresarse cada escritor y de ahí la célebre frase de Buffon: “El estilo es el hombre”, aunque también podría significar que por el estilo se conoce el hombre, del mismo modo que los grandes sicólogos conocen al individuo por la sola firma. Es claro que en el sentido dicho no puede tomarse la cualidad de que hablaba el joven Fidel, una vez que si así fuese, todo hombre medianamente escritor llenaría uno de los más graves requisitos de la crítica.

Gonzalo. — Estilo, hablando en términos precisos, es la manera de componer que domina en todo un escrito; de suerte que viene a ser el orden, la corrección, la claridad, la elegancia, la vida, o como resume el P. Ruano, el alma que el escritor supo infundir en la obra literaria. De la división del estilo no podremos tratar, porque casi se puede decir que resultan tantas divisiones diferentes, cuantos son los preceptistas retóricos. Sin embargo, señalo algunas clases de estilo, como cuando se atiende a las cualidades, de que resulta el estilo sencillo, el medio, el florido, el elegante, el sublime; y si se atiende a la unión de las cláusulas y períodos, salen los dos grandes estilos, el periódico y el cortado. Ambos seguidos a guisa de método, son agradables, y conviene que sepa Don Luciano, que actualmente tenemos escritores correctísimos y que a la vez son representantes de estos estilos.

Rufino. — Ya te pusiste a echar globos. Ojalá el maestro se sirva llamar al orden y a la claridad a Valdés.

Lucio. — No se debe confundir lenguaje, estilo y tono. “El lenguaje mira más bien a la pureza y a la corrección de las frases y palabras, en su individualización y conjunto; en lo que se llama analogía y sintaxis, mientras que el estilo comprende las cualidades y condiciones que enaltecen las cláusulas y períodos”. Tono es la elevación del estilo, la forma de los pensamientos, si se atiende a la situación moral del que escribe y de lo que se escribe.

Fidel. — Algo más he comprendido del estilo; ahora quisiera que Don Luciano nos dijera cuál es el mejor estilo y cómo se puede adquirir uno bueno.

Lucio. — Que me place. El mejor estilo es el más sencillo y el más espontáneo, que fue el de Tucídides. Al comenzar esta minucia le decía que la lectura de los buenos escritores podría hacer de usted un hombre de criterio, educado, elocuente, morigerado; pues bien: uno de los mejores modos, si no es el óptimo, para llegar a adquirir estilo original y bueno, es la lectura de los clásicos. “Supongamos, escribía su autor predilecto y gran amigo mío, que un joven se cría entre fieras; es lo natural que salga educado más o menos **ferozmente**: si ese mismo

joven crece entre personas cultas, saldrá educado más o menos cultamente. Un hombre con grandes disposiciones musicales que no haya oído sino el concierto de los vientos y las aves, no podrá adelantar gran cosa; si estudia, oye e imita podrá llegar a ser un Beethoven o un Rossini". Lo mismo diría yo, añadiendo: si un joven, que tenga algunas disposiciones, lee con juicio autores clásicos, no se necesita ser profeta para decir que al cabo de algún tiempo se habrá asimilado la manera de escribir de esos autores, sin perder su personalidad.

Rufino. — ¡Qué bien, Don Lucio! Como comprobante digo que por eso se nota en tantos escritores la tendencia a barbarizar el idioma y sobre todo, lo que no me entra es esa plaga de galicismos y anglicismos, que un escritor —de esos que por el mundo ahora pululan— haga uso de ampulósidades y rimbombancias, que llene de clavos los escritos como sin duda nos dirá después el maestro, que declame a cada instante sin ton ni són, que para cualquier cosilla invoque a las musas y a los dioses, son cosas que fastidian y en veces causan risa; pero lo intolerable, lo que no se debe perdonar, en lo que se debe ser intransigente, es en lo que respecta a galicismos y especialmente los usados dizque por elegancia.

Gonzalo. — Temas como éste exigen varias conversaciones, de las que llamamos **minucias**, para que no se crea que aspiramos a mucho, que es mucho lo prometido y nada lo cosechado. Ruego, pues, al maestro nos espere otra noche aquí mismo. Prefiramos hablar dos o más veces sobre el mismo asunto, a alargarnos demasiado; de este modo a la ventaja de poder dejar la lectura de nuestras minucias cuando se quiera, se agrega lo corto de ellas, que siempre hemos procurado tener en cuenta.